

Los Gauchos de San Jorge, Centro del Uruguay (1882)

David Christison

Presentación

No se ha difundido sobre el doctor David Christison más que lo dado a conocer por Juan E. Pivel Devoto. En 1977, la *Revista Histórica* publicó la traducción —sin firma— de uno de sus relatos bajo el título «El Viaje al interior del Uruguay realizado por el Dr. D. Christison en 1867», con una introducción del mencionado historiador (1977: 673-682). Años después, Pablo Rocca incluyó un pasaje en una antología (1992: 32-36).¹ El título original del relato, traducido en 1977, es «A Journey to Central Uruguay» y apareció en 1880 en *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record Geography*.¹¹

* * *

David Christison nació en Edimburgo en 1830 y murió el 21 de enero de 1912 en la misma ciudad. Su padre, Sir Robert Christison, fue un reconocido profesor de jurisprudencia médica en la Universidad de Edimburgo. En el camino marcado por su padre, David Christison se recibió de Doctor en Medicina en la misma universidad; luego ejerció como médico asistente en el hospital Renkioi en medio de la Guerra de Crimea. Como viajero y naturalista escribió artículos para *Botanical Society of Edinburgh*, *Royal Geographical Society and Monthly Record Geography* y *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*. Su labor como arqueólogo fue destacada en Edimburgo y, por ese mérito, se desempeñó como secretario de

¹ El primer semestre de 2020, el profesor Rocca trajo nuevamente el texto de Christison en un curso panorámico de Literatura Uruguaya en la Licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, en el que se relacionaron varios textos de viajeros británicos con *The Purple Land*, de William Henry Hudson. El autor de estas notas asistió a ese curso, que despertó el interés por estos temas. Agradezco a Pablo Rocca por su ayuda en la revisión del presente trabajo.

¹¹ Con la *Royal Geographical Society* nos pusimos en contacto en diciembre de 2020. Muy amablemente nos facilitaron más información sobre el viajero escocés y el texto que se traduce en esta ocasión. Se agradece la atención de la Sra. Julie Carrington, bibliotecaria de la *Royal Geographical Society*.

Society of Antiquaries of Scotland. Colaboró con numerosos trabajos en esta institución y, en 1898, publicó el libro *The Early Fortifications in Scotland: Motes, Camps and Forts*.

En otoño de 1867 Christison se encontraba en Buenos Aires por problemas de salud. Entonces, recibió una invitación de su amigo George Fair para visitar la estancia de San Jorge en el departamento de Durazno. Esta había pertenecido a su padre, Thomas Fair, desde 1824, y estaba ubicada, según los datos topográficos mencionados en el trabajo de Pivel Devoto, en el «rincón formado por los arroyos Carpintería y Chileno con el Río Negro, teniendo una extensión de 36 leguas cuadradas, y distante 50 leguas de Montevideo» (1977: 674-675).^{III} En «A Journey to Central Uruguay» el viajero agrega un mapa del lugar gracias a los planos que en 1867 realizó el agrimensor italiano Don Juan Frugoni, abuelo de Emilio Frugoni. Señala Pivel Devoto que Thomas Fair y sus «descendientes y colaboradores» convertirían el lugar en un «centro de trabajo y emporio de riqueza» (1977: 679). Christison parte de Montevideo rumbo a San Jorge, reside diez meses en la estancia, y solo luego emprende el regreso. Posteriormente, ayudado por sus notas, su memoria, la segura fascinación que le ocasionó esa larga estadía, sus lecturas y referencias de otros viajeros, escribe los cuatro artículos que conocemos.^{IV} En esas páginas se citan una y otra vez las de Félix de Azara, Alcide d'Orbigny y Charles Darwin. Con menor frecuencia refiere a otros viajeros y naturalistas que recorrieron el Río de la Plata, como Francis Bond Head y Hermann Burmeister.^V

Naturalmente, los discursos de los viajeros británicos del siglo XIX que desembarcaron por estas latitudes estuvieron atravesados por la dicotomía civilización y barbarie, que Sarmiento selló en el título de su *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845). América Latina o, mejor, la América de la colonización ibérica es vista como el paradigma del atraso. Se la considera una zona peligrosa a falta de leyes que regulen a la población, donde campea la violencia. Al mismo tiempo, se la

^{III} Una legua equivale aproximadamente a 4.8 kilómetros.

^{IV} Aparte de los mencionados en esta introducción, fueron publicados los siguientes textos de Christison: «A Journey in 1867 from Monte Video to San Jorge, in the centre of Uruguay, with remarks on the Vegetation of the Country» (1879) y «On the difficulty of ascertaining the Age of certain Species of Trees in Uruguay, from the Number of Rings» (1891). Ambos textos publicados en *Transactions of the Botanical Society of Edinburgh*.

^V Sobre los viajeros británicos véase: Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.

imagina como un territorio fascinante, tierra fértil de ilimitadas posibilidades para el europeo. John Hale Murray en *Travels in Uruguay, South America* (1871) ilustra bien este impulso expansivo.^{VI} Con todo, el viajero entendía que llevaba el progreso a territorios bárbaros y atrasados.^{VII} William Henry Hudson en *The Purple Land* (1885) subvertirá el binarismo mediante la idealización del campo oriental y el rechazo de las formas de vida civilizadas. El relato de Christison está también marcado por dicha dicotomía. Pero no se reduce solamente a ella, como a veces tienden a hacer ciertos enfoques con los relatos de los viajeros británicos. Las valiosísimas descripciones del gaucho que hace el viajero la desborda completamente. Incluso se verá que por momentos puede relativizarse la oposición.

En «The Gauchos of San Jorge, Central Uruguay», el viajero elabora todo un cuadro del gaucho oriental. Con lente de naturalista registra su cuerpo, su habla, sus costumbres, su actitud. Muestra su diversidad de origen y no evita emitir comentarios sobre sus posibilidades de existencia futura. Conoce al gaucho, como se dijo, por lo que ha leído de otros viajeros exploradores, con quienes coteja sus observaciones constantemente, entre los que destaca a Félix de Azara. Pero no observa solamente desde *afuera*, sino que también relata su participación personal en el mundo del gaucho. Por ejemplo, nos cuenta su asistencia a un Pericón en la Estancia del Cerro, con lo que busca ilustrar sus «modales y el carácter». Esto, sumado a la inclusión de diálogos y episodios narrados, vuelve más amena la lectura, evitando así el tono duro y seco que a veces presentan los textos científicos naturalistas, como varios escritos por él mismo.

Christison nos muestra el mundo del gaucho, que para la época en la que se publica el texto había ya casi desaparecido. Barrán y Nahum señalan que el «proceso de modernización de las estructuras agrarias» de mediados del siglo XIX implicó grandes transformaciones a nivel social, económico y cultural en el territorio oriental (2002: 5). Si por un lado esto permitía la inserción de Uruguay en el mercado internacional, su contracara era el barrido de toda una estructura que sostenía el modo de vida del gaucho. Christison aparece como testigo de la inminente desaparición de este mítico personaje, de la que posiblemente, según el viajero, se lamentarán «no pocos ingleses».

* * *

^{VI} Véase: Murray, John. *Viajes por el Uruguay, 1868-1870* (trad. José Pedro Barrán y Benjamín Nahum). Montevideo: Banda Oriental, [1871] 1978.

^{VII} Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (trad. Ofelia Castillo). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, [1992] 2011.

Este texto se publicó en 1882 en *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 11, pp. 34-52. Es necesario aclarar algunas cuestiones formales de esta traducción. En primer lugar, se mantuvieron las mayúsculas del original en sustantivos que en español no las necesitan, como «Gauchos» y «Charrúas». Segundo, los términos que en el original estaban en español están en *itálica*, así su notación no fuera la correcta o la más aceptada siquiera en la época de redacción del texto. Tercero, se preservó el entrecomillado en las palabras que lo tenían en el texto original. Por último, se respetó la sintaxis, salvo en casos de difícil comprensión, colocándose en nota al pie el texto original, aunque se procuró siempre un texto inteligible.

Rodrigo Luaces Damasco

Referencias bibliográficas

- AYESTARÁN, LAURO. *El folklore musical uruguayo*. Montevideo: Arca, 1967.
- BARRÁN, JOSÉ PEDRO y BENJAMÍN NAHUM. *Historia política e historia económica*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2002.
- CHRISTISON, DAVID. «Viaje al interior del Uruguay», en *Revista Histórica*, Tomo L, n.º 148-150. Montevideo: Museo Histórico Nacional, [1880] 1977, pp. 673-719.
- . «The Gauchos of San Jorge, Central Uruguay», en *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 11, 1882, pp. 34-52.
- MURRAY, JOHN. *Viajes por el Uruguay, 1868-1870* (trad. José Pedro Barrán y Benjamín Nahum). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, [1871] 1978.
- REAL DE AZÚA, CARLOS. «El centenario de Berro y Flores: El día de los cuchillos largos», en *Historia y política en el Uruguay*. Montevideo: Cal y Canto, 1997, pp. 143-151.
- ROCCA, PABLO (comp. y pról.). *De la Patria Vieja al Centenario. La vida social y las costumbres*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1992, pp. 32-36.

Los Gauchos de San Jorge, Centro del Uruguay (1882)

Antes de comenzar a describir a los Gauchos tal vez no estaría de más señalar que frecuentemente la palabra está mal escrita en trabajos ingleses, colocándose la *u* antes y no después de la *a*; y en parte por esta razón la pronunciación también es incorrecta en este país, siendo que en lo que respecta a *au* y *ch* debería ser igual a la palabra en inglés *pouch*.

El origen de la palabra es oscuro, al igual que el francés *gauche* al que tanto se parece. La similitud tanto en el sonido como en el sentido despectivo con la palabra escocesa *gowk* ha sido señalada anteriormente.¹

En España el término no parece aplicarse al ser humano en ningún sentido. En los diccionarios a los que he accedido solamente aparece como término arquitectónico, significando «torcido, no nivelado»; e incluso en Sudamérica su aplicación como designación para los habitantes del campo uruguayo y argentino es reciente, ya que Azara no se vale de ella en sus escritos de 1801, a pesar de ofrecer una completa descripción de las personas ahora universalmente conocidas como Gauchos.² Con toda probabilidad la palabra ha sido inventada por los más civilizados habitantes de los pueblos para referirse en tono despectivo a sus semibárbaros compatriotas de los *campos*. No obstante, estos la aceptan con agrado, y no la aplican despectivamente sino como elogio hacia aquellos que son más salviajes y audaces que los demás.

Sin embargo, no es una expresión nacional. Pregúntale a un Gaucho uruguayo qué tipo de paisano es y te responderá «*Un Oriental*», es decir, un nativo de la Banda Oriental o República Oriental del

¹ La palabra *gowk* en lengua inglesa tiene dos acepciones. Por un lado, significa 'tonto', 'bobo', 'simplón'. Por otro, alude a la familia de aves cuculidae que Linné en 1758 clasificó como especie *Cuculus canorus*. Pero tiene, a su vez, una acepción particular como verbo intransitivo de uso principalmente en Escocia, significando 'observar', 'mirar con fijeza' o 'mirar en forma ausente'. Véase: <<https://www.merriam-webster.com/dictionary/gowk>>.

² Christison parece referirse a las descripciones que figuran en los escritos póstumos de Félix de Azara sobre la «gente campesina ocupada en la poca agricultura, y principalmente en el pastoreo» (1882, p. 4). Véase: Azara, Félix. «Memorias del Río de la Plata», en *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801: demarcación de límites entre el Brasil y el Paraguay a últimos del siglo XVIII e informes sobre varios particulares de la América meridional española*. Madrid: Imprenta de Sánchiz, 1847.

Uruguay. Tampoco implica necesariamente ninguna distinción de raza, a pesar de que la gran mayoría de los Gauchos son una mezcla de sangre española e indígena. Así, en San Jorge, en el centro de Uruguay, donde principalmente encontré a los Gauchos, había negros, brasileros, españoles puros y hasta hombres descendientes de noreuropeos entre ellos.

Tal vez ser Gaucho implique más que nada un modo de vida: la libertad de los *campos*, la educación en la cabalgata, el manejo del ganado medio salvaje y el uso del *lazo* y las *bolás*. Pero dado que difícilmente se puedan adquirir estas habilidades sin el entrenamiento desde la infancia, casi todos los Gauchos, sin importar su ascendencia, son nativos de los *campos*.

Solo recientemente el centro de Uruguay ha sido poblado por los Gauchos. Azara nos dice que en sus tiempos los indios Charrúas, luego de una lucha heroica con los españoles por dos décadas y media, aún preservaban su independencia en el norte de Uruguay más allá del Río Negro, y que un amplio margen de territorio hacia el sur de este río, expuesto a sus asaltos salvajes, estaba casi completamente inhabitado. No pude averiguar la fecha de su subyugación final, pero en 1867 algunos viejos habitantes de San Jorge recordaban el hecho. Estos afirmaron que los indígenas adultos de ambos sexos fueron liquidados despiadadamente, mientras que algunos de los niños que quedaron solos fueron separados y distribuidos entre los colonos españoles. No obstante, algunos adultos escaparon de la masacre. Un periódico montevideano registró la muerte de un jefe, quien se creía era el último de los Charrúas, en 1865 en *Tacuarembó*. Había residido allí por varios años con la vestimenta sencilla de sus ancestros, o completamente sin ropa, y conforme a la civilización solamente por beber grandes cantidades de alcohol. Hacia 1828, cuando Mr. Fair adquirió la propiedad de San Jorge, la población debió haber sido muy escasa; en aquellos tiempos consistía solamente de algunas familias dispersas sobre un terreno más grande que el condado de Midlothian.³ Para 1867 había aumentado a 540 almas.⁴

³ Thomas Fair estableció su estancia cuatro años antes, en 1824 (Pivel Devoto, 1977, p. 674).

⁴ Por detalles de contemporáneos o documentos posteriormente exhumados sobre el episodio de Salsipuedes y sus consecuencias véase: Pi Hugarte, Renzo. *Los indios del Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1998;

Sería en vano buscar sangre Charrúa en la presente raza de Gauchos de San Jorge. De hecho, la mayoría muestra una fuerte evidencia de sangre indígena, y algunos perfectamente podrían pasar como indígenas puros. No obstante, se sabe que para poblar la región luego de la destrucción de los Charrúas, se introdujeron Gauchos de provincias distantes e indígenas de los restos de las viejas «*Misiones*», probablemente Guaraníes. Más aún, cualquier investigación minuciosa sobre la ascendencia de los individuos sería inútil por los hábitos licenciosos de la gente, dado que entre los Gauchos es verdaderamente un niño sabio aquel que conoce a su verdadero padre. Pero difícilmente pueda dudarse de que la sangre Charrúa persiste en esta tierra debido a que, en sus frecuentes guerras con los indios, los españoles separaron y se apropiaron de las mujeres y los niños que caían en sus manos. Ningún uruguayo debería avergonzarse por poseer ascendencia Charrúa. Incluso el español Azara no pudo ocultar su admiración por la valentía y las habilidades bélicas de estos indígenas; al igual que sus facciones regulares, su espléndido cuerpo, más bello, robusto y alto —sostiene— que el de sus compatriotas. Probablemente, la crueldad y la mala fe la aprendieron de los españoles, y tenían un trato humano para con las mujeres y niños cautivos: no los consideraban esclavos, sino que los incorporaban con ellos a la tribu, y es de destacar lo seguido que los autores españoles registraron la falta de voluntad de sus compatriotas mujeres para volver con su propia gente una vez que fueron rescatadas, tanto aquí como en otros lugares de Sudamérica.⁵

Sería tarea vana desenredar la confusión de razas, aún en una población tan reducida de Gauchos como la de San Jorge. Basta con aclarar que puede observarse gran variedad de tonos entre ellos,

Acosta y Lara, Eduardo. *La guerra de los charrúas*. Montevideo: Talleres de Loreto, 1996; Figueira, José Joaquín. *Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay*. Montevideo: Estado Mayor del Ejército, 1977; Dumas, Alejandro. *Redactores de El Defensor de la Independencia Americana. Una Nueva Troya. Refutación a Una Nueva Troya*. Pablo Rocca (edición y prólogo), estudios de Ana Inés Rodríguez y Jimena Torres, epílogo de Alma Bolón. Montevideo: Linardi y Risso, 2020.

⁵ En original: «Cruelty and bad faith they probably learned from, rather than taught, the Spaniards, and their treatment of captive women and children was humane: they did not regard them as slaves but incorporated them with the tribe, and it is remarkable how often the Spanish authors record the unwillingness of their countrywomen both here and elsewhere in South America, when rescued from the Indians, to return to their own people» (1882, p. 36).

desde el blanco más puro con cejas claras y cabello rubio hasta el negro más oscuro, y el indígena más rojo. Lo único que me interesa agregar es que si bien los indígenas más puros lejos estaban de ser bellos, cierta infusión de sangre indígena, presumiblemente derivada de los más bellos Charrúas, parecía mejorar y no deteriorar la raza española, al menos entre los hombres.⁶ Tales individuos tenían a menudo rasgos finamente delineados y notablemente regulares, con nariz más cerca del tipo griego que del romano, y superaban en apariencia a los hombres de los pueblos, en quienes la sangre indígena raramente se apreciaba y cuyos rasgos tendían a la pesadez.

A pesar de toda su diversidad de origen podemos encontrar cierto parecido entre los Gauchos debido a su modo de vida, que los distingue como una variante de la humanidad sumamente particular. Si bien esto se revela principalmente en cuanto a cualidades morales, también puede observarse en algunos aspectos físicos. Así, su figura es erecta, los hombros bien hacia atrás y generalmente se les marca un hueco en el lomo —sin duda provocado por su asiento firme sobre el caballo y el frecuente revoleo del *lazo* y las *bolas*—. Casi que por regla la voz es profunda y ronca, y la risa estridente y gutural entre los hombres, mientras que las mujeres se encuentran muy apatas para hablar en un agudo falsete.⁷ Su agudeza de visión es notable. Un Gaucho logra divisar un animal a la distancia mucho antes que sea visible para el europeo, y mientras este solo ve un punto indefinido en el horizonte, el Gaucho logra distinguir si se trata de un caballo o de un buey, e incluso describir su color. Azara, hablando sobre la buena vista de los Gauchos y su capacidad para distinguir animales, señala: «Solo debo decirle a uno de esos hombres: “Hay 200 caballos que me pertenecen; cuídalos”. Él los observa atentamente por poco tiempo, y aunque se encuentren a media legua de

⁶ Este pasaje en el que Christison describe a los indígenas es de complicada sintaxis, por lo que decidimos recortarlo. En el original: «This much only I would add, that although the purest Indians, probably of Guarany origin derived from the Misiones, were far from handsome, having flat noses much expanded at the end, with thin dilated alae, high cheek bones, and bloodshot eyes seeming to peer through narrow slits, nevertheless a certain infusion of Indian Blood, presumably derived from the handsomer Charruas, and showing the reddish skin, lank black hair and scanty beard, seemed to improve rather than deteriorate the Spanish race, at least among the men» (1882, p. 36).

⁷ Tradujimos literalmente «gutural». En el original: «The voice also is as a rule deep and husky, and the laugh harsh and guttural among the men, while the women are very apt to speak in shrill falsetto» (1882, p. 37).

distancia los reconoce a todos».* Según este escritor, los Charrúas indígenas poseían similares notables facultades gracias a las que lograban una inmensa ventaja en sus campañas contra los españoles, al poder observar libremente los movimientos de estos últimos sin necesidad de esconderse. Quizá gracias a estas facultades también existe otra característica en los Gauchos: buscar su camino infaliblemente sobre los monótonos *campos*, que para los extraños parecen estar desprovistos de cualquier punto de referencia. No pueden exponer los métodos que siguen para ello y su peculiar habilidad al respecto, desarrollada más en los llamados «*vaqueanos*» que en los otros, no les resulta fácil de explicar. Probablemente dependa de un constante reconocimiento de ciertos elementos del paisaje desde la infancia, lo que termina volviéndose un hábito inconsciente, tal vez ayudado por la observación de los cuerpos celestes y el viento. No obstante, debe admitirse que generalmente es difícil ofrecer cualquier explicación racional sobre esta capacidad. Así, cabalgando por una pendiente de media legua o más, cuando los puntos de referencia están ocultos, un «*vaqueano*», conversando todo el tiempo y pareciendo no prestar atención a la ruta, logra mantener un rumbo perfectamente recto. Mientras que un experimentado europeo, a pesar de que entrega todo su pensamiento en mantener la dirección, seguramente se encontrará lejos de sus cálculos cuando llegue a la cima de la pendiente.

En general, los Gauchos son hombres finos, bien desarrollados, de pecho amplio y musculosos miembros. Dado que casi viven arriba del caballo y raramente caminan un tramo de cien yardas, se podría esperar que los miembros inferiores fueran deficientes en músculos; pero como mucho del trabajo con el ganado y los caballos debe hacerse a pie, y como son aficionados al baile, esta tendencia se contrarresta. Con toda probabilidad su peso es bastante igual al de los europeos. En la Estancia del Cerro pesé a veinte de ellos entre los 25 y los 40 años, no seleccionados de ninguna manera, quienes promediaron las 151 libras, deduciendo la ropa, siendo el más pesado de 190 libras y el más liviano de 107 libras. Este último era excepcionalmente liviano, dado que el siguiente pesaba 132 libras.⁸

* No puedo sino pensar que Azara, generalmente tan confiable, le ha dado lugar a la exageración en este caso. [Nota del autor].

⁸ Posiblemente Christison se esté refiriendo a la estancia El Cerro, ubicada en el departamento de Río Negro. Véase: <<http://bibliotecadigital.bibna.gub>>.

Tras tomar otros ocho de alrededor de veinte años de edad el promedio solo se redujo a 148 libras. No obstante, es posible que el peso varíe en los hombres de distintas localidades, dado que dos partidas de extraños que pasaron llevando ganado parecían estar compuestas por hombres más pequeños que aquellos de San Jorge.

Las ocupaciones de los Gauchos no son numerosas, y la mayoría prefiere llevar una vida trashumante irregular. Difícilmente hagan algo que no implique andar a caballo, y un Gaucho medio civilizado fue visto tratando de construir una pila de heno subiendo a caballo por una pendiente y ¡remolcando tras de sí un fardo atado con su *lazo*! El Gaucho más puro es aquel que con orgullo declara «Mi casa es mi caballo y recado».⁹ Vaga de aquí para allá tomando de vez en cuando trabajos ocasionales para mantenerse, y acude a reuniones de carreras y bailes, apostando su plata con la misma rapidez con la que la consiguió. Los *puesteros* de ganado, por el contrario, pueden considerarse la aristocracia de la *Gauchería*. Estos tienen una casa, llevan una vida estable y tienen algunas responsabilidades. En medio de estas clases se encuentran los peones comunes, quienes asisten en el manejo del ganado o son contratados por los *troperos* para llevar a la tropa a los *saladeros* en los puertos de embarque, o por los *carreteros* para actuar como picadores en los vagones. Generalmente no tienen hogar, y si están casados la familia vive con algún conocido más afortunado. El pastoreo es un tanto despreciado, ya que no requiere de sus aptitudes con el caballo; no obstante, por momentos es bastante buscado dado que funciona como protección ante la posibilidad de ser requerido por el ejército, siendo los peones y los hombres errantes los primeros en ser alistados. Además, hasta los espíritus más elevados entre ellos no resisten la tentación de las grandes sumas de dinero que se pagan en las temporadas de la esquila. Todos, sin embargo, tanto hombres como mujeres, esquilan bastante mal, y en los establos resuenan los gritos llamando al «*médico*», o al chico del alquitrán para untar las heridas del desafor-

uy:8080/jspui/handle/123456789/14963>. En cuanto al peso de los gauchos, 1 libra son 453,6 gramos. Por lo que el promedio de peso de los gauchos sería de 68,5 kg. Mientras que el más pesado 86,1 kg y el más liviano 48,5 kg.

⁹ Christison traduce al inglés la expresión del gaucho que coloca en español: «The purest Gaucho is he who says with some pride “Mi casa es mi caballo y recado”, “my house is my horse and saddle” (1882, p. 38).

tunado animal que caiga en sus manos.¹⁰ Algunos de los peones se acostumbran a trabajar de a pie en las estancias, cortando madera, construyendo establos, colocando corrales, etcétera. Ahora bien, si se apegan a ese trabajo, o si consiguen trepar alto en la escala y se vuelven terratenientes, su título de Gauchos es dudoso.

El único tipo de artesanía, entre ellos, es el corte y el trenzado de cuero crudo para los varios artículos del equipo del caballo que se requiere para su ocupación.¹¹ Algunos de estos están muy delicadamente terminados y ornamentados con plata, no obstante ser generalmente fuertes y de gran resistencia.

Puede decirse que la agricultura y la horticultura son desconocidas para ellos en su estado tan primitivo. Esta falta de cultivo contribuye a que los ranchos, así sean construidos por ellos mismos con palos y barro o edificados con ladrillos por sus patrones tengan un aspecto muy poco hogareño. Se colocan solitarios en la cima de pequeñas crestas, al lado del invariable corral, tal vez con una «*enramada*» o un pequeño establo para atar caballos, formado por algunos postes techados con ramas. Generalmente el rancho se encuentra medio en ruinas, ya que bajo las influencias del clima el barro pronto comienza a agrietarse y se termina cayendo. Puede adherirse mejor al mezclarse con estiércol, lo que se logra de forma muy característica al montar cruelmente una despreciada yegua o un caballo inservible por vueltas y vueltas en el pegajoso material, hasta que los ingredientes se mezclan completamente. Pero en ese clima tan templado una casa de construcción sólida difícilmente se requiera para gran parte del año, y es sencillo remendarla con barro o cuero, cuando los vientos o las heladas de invierno se vuelven inusualmente severos.

La educación del Gaucho comienza a edad muy temprana. Toma sus primeras lecciones de montar a caballo incluso antes de que esté

¹⁰ En el original, Christison llama al chico del alquitrán «Tar boy». Hemos encontrado la siguiente definición sobre la expresión: «A member of a shearing gang whose job is applying disinfectant (formerly tar) to wounds on sheep». (Trad.: «Un miembro de un grupo de esquiladores, cuyo trabajo es aplicar desinfectante (alquitrán) en las heridas de las ovejas»). Véase: <https://www.lexico.com/definition/tar_boy>.

¹¹ En el original: «The only kind of manufacture among them is the cutting and plaiting of raw hide into the various articles of horse gear required in their occupation» (1882, p. 38).

completamente apto para caminar, y mientras da sus primeros pasos revolea el *lazo* y las *bolas* en miniatura alrededor de su cabeza *secundum artem*. Es divertido ver al pequeño niño de cuatro o cinco años, completamente desnudo, su rostro irradiando emoción, y revoleando el *lazo* alrededor de su cabeza en persecución de una gallina, mientras el gallo, más alto que él mismo, observa con un indignado ¡*chuck!* ¡*chuck!* A medida que crece, el niño prueba su mano de aprendiz en los perros, quienes por momentos muestran su inteligencia superior al arrojarse de plano al piso para frustrar sus esfuerzos. Luego se sube a los potros y terneros y, finalmente, llega el glorioso día en el que montando a caballo logra apresar el toro más salvaje en su despiadada carrera o, a pie con el *lazo*, el caballo más ligero mientras se va galopando del corral, por cualquier pata que elija. Mientras tanto ha aprendido a matar, cortar y cocinar ovejas y vacas para hacer equipamiento para el caballo con cuero crudo, y así su educación se completa.

La dieta del Gaucho es una de las más simples en el mundo. Hace no mucho tiempo consistía, en lo que respecta a los sólidos, casi completamente de carne de vaca. No obstante, ocasionalmente podría variar con la carne de los armadillos, iguanas, avestruces u otro animal salvaje, o incluso huevos de avestruces.¹² El uso de leche era completamente desconocido, y en el presente hasta en las estancias inglesas un extraño a menudo puede tener la tentación de exclamar, mientras observa la numerosa tropa en el campo, «ganado, ganado por todos lados, y ni una sola gota de leche». La única sustancia vegetal universalmente consumida es el té paraguayo, importado de Brasil, y conocido como «yerba», «la hierba *par excellence*». Aunque cuando se toma es llamada «maté», debido a la pequeña calabaza desde la que la infusión es succionada por un tubo. A pesar de esta rígida simplicidad de la dieta, el escorbuto parece no haberse manifestado nunca entre los Gauchos, protegidos sin duda por su vida al aire libre en un clima saludable. En tiempos recientes, su comida, excepto en zonas remotas, se ha vuelto más variada gracias a la proliferación de «pulperías»,** tiendas de campo, ocasionalmente

¹² En el original: «Not long ago it consisted as regards solids almost entirely of beef, although it might occasionally be varied with the flesh of armadillos, iguanas, ostriches, or other wild animals, or ostrich eggs» (1882, p. 39).

** Palabra proveniente de «pulque», una bebida embriagante hecha en México de la *Agave Americana*, a pesar de que en las repúblicas españolas sudamericanas el «pulque» es más bien desconocido. [Nota del autor].

administradas por los Gauchos, que han introducido varios tipos de lujos para beneficio de los residentes europeos.¹³ Pero tienen poco paladar para ese tipo de cosas, y el único vegetal que he conocido que consumen en cualquier cantidad es la sandía, que se pregona en San Jorge en grandes vagones por unas pocas semanas en verano. En términos generales todavía es verdad que su dieta es puramente animal. Sin embargo, su bebida ha variado hoy en día gracias a la casi universal «caña», un áspero alcohol que, aunque raramente se toma en gran exceso, ha probado ser un regalo del diablo. Esto se debe a que es habitual entre los Gauchos juntarse en las pulperías para tomar unos tragos y, por la excitación que esto les produce, demasiado a menudo terminan en peleas fatales.

La cocina de los Gauchos varía tan poco como su dieta, limitándose casi completamente al asado, que logran llevar a cabo con bastante rapidez colocando finos pedazos de carne en asadores de madera o de hierro clavados en el suelo, en una esquina, sobre un enérgico fuego. Cuando el «asado» está pronto se sacan los cuchillos y los trozos de carne, que se cortan de la masa, son sujetados con la mano izquierda en un extremo, mientras que del otro se sujeta un buen bocado con los dientes; el pedazo es luego hábilmente separado mediante un corte con el cuchillo desde abajo. La experiencia ha enseñado que un corte hacia arriba es menos propenso a amputar la nariz que otro hacia abajo a dañar el mentón. Si bien no hay mucho lugar para el lujo en un sistema tan simple como este, los Gauchos tienen sus exquisiteces, algunas de las cuales pueden parecer bastante extrañas para los europeos. Por lo general, la carne de su ganado medio salvaje es dura, seca y deficiente en cuanto a componentes grasos. No obstante, su manjar favorito, «carne con cuero» o carne asada envuelta completamente en cuero, era demasiado pesada para mi gusto. A pesar de que generalmente es tan dura que luego de algunos esfuerzos vanos en la masticación es necesario engullir los pedazos de carne, no hay dificultad para digerirla, y los estancieros ingleses la terminan prefiriendo a la tierna y rica carne de su propio

¹³ En el original: «In recent times their food, except in remote districts, has been somewhat more varied by the spread of “pulperías”, country stores, which have introduced various kinds of luxuries for the benefit of the European residents, and which are occasionally patronised by the Gauchos» (1882, p. 40). Christison puede referirse a que los gauchos eran clientes regulares o a que administraban la tienda.

país. La proliferación de ganadería ovina ha llevado a la sustitución de la carne de vaca por la carne de ovino en muchos lugares, pero los Gauchos la comen a regañadientes declarando que es inferior en cualidades nutritivas. En su estado primitivo, y a menudo también en una condición más civilizada, comen una vez al día, al atardecer, cuando su trabajo o viaje se ha terminado. Aún así, en ningún momento rechazan un «*maté*», ya que depositan gran confianza en los efectos revitalizadores de su «*yerba*» favorita. Cuando se reúnen en las comidas hay generalmente muchas bromas y risas, y luego se limpian los dientes con cuchillos o «*facons*» (facones),¹⁴ y como estos últimos son como de dos pies de largo uno espera que en cualquier momento, debido al enorme apalancamiento, sus dientes salgan volando de sus mandíbulas.

Los Gauchos del centro de Uruguay hablan español con aceptable precisión gramatical, pero usualmente en un acento áspero y duro; y arruinan completamente la belleza del lenguaje al cambiar sistemáticamente el sonido líquido de la *y* y la *ll* por el del francés *j*, y por la elisión de ciertas consonantes. Palabras como *recado*, *pescado*, son pronunciadas muy parecido a *rescow*, *pescow*.¹⁵ Con la excepción de los nombres de algunos lugares tales como el Río *Yí* y *Tacuarembó*; árboles y plantas como el *Ombú*, *Tala*, *Ñapinday*, *Miomio*; y animales como el *Ñandú*, *Tatú*; el lenguaje indígena parece que ha desaparecido completamente. Muchos de los nombres indígenas que Azara le dio a plantas y animales al principio del siglo hoy parecen ser enteramente desconocidos para los Gauchos de San Jorge.

La costumbre española de regocijarse en vez de lamentarse por la muerte de niños pequeños se mantiene entre los Gauchos. Pero como los niños son generalmente muy malcriados, su pedido de que vayan directo al cielo como «*Angelitos*» o «*Angelitas*» parece cuestionable para un extranjero.

En situaciones remotas los muertos se exponen en ataúdes en los solitarios *campos* hasta que no queda nada más que los huesos. Estos se almacenan generalmente por años, hasta que los amigos deciden removerlos para enterrarlos en el *Campo Santo* más cercano. Estos

¹⁴ La aclaración entre paréntesis está en el original.

¹⁵ Las palabras están en cursiva en el original.

cementerios se mantienen normalmente en un estado terrible, las tumbas son poco profundas y los cuerpos quedan a menudo medio expuestos.

Los entretenimientos de los Gauchos son las carreras de caballos, la música, la danza y el juego. El primero ya ha sido tan descrito que mejor es saltarlo.¹⁶ Su único instrumento musical es la guitarra, con la que puede verse a un muchacho tañendo algunos compases, repetidos y sin variaciones por horas, rodeado por una soñadora audiencia que bebe el indispensable «*maté*». De vez en cuando con sobrecargada voz y en tono nasal, pero en buen tiempo y afinado, puede estallar en una canción, por lo general improvisada. Y, sin importar lo chistosas o sarcásticas que sean las palabras, como lo prueban las risas que festejan una particular ingeniosidad, el aire es invariablemente de tono melancólico, generalmente similar al de los cánticos, amontonándose en una línea cualquier cantidad de palabras para ajustarse a la conveniencia del improvisador. Un efecto singular se produce por las largas pausas, no solo en los versos sino también en el medio de las líneas, durante las que no se escucha nada más que el tañido de la guitarra otorgándole un punto adicional al sarcasmo con el que por fin termina la línea. Generalmente la última nota se prolonga mucho y, a diferencia del resto de la canción, para un oído europeo suena bastante fuera de tono. Probablemente estas sean las «*Chansons de Peru*» que menciona Azara, llamadas «*Tristes*» en sus días, pero hoy no son conocidas con ese nombre, al menos no en San Jorge. Me incliné a pensar que uno o dos cánticos sombríos e inarmónicos podrían ser de origen indígena, pero tenemos la autoridad de Azara para el extraordinario hecho de que la música y la danza eran completamente desconocidas para los indígenas de las llanuras sudamericanas.¹⁷ Naturalmente, muchos de los cantos son en alabanza de las señoritas, y he visto a menudo a un enamorado sentado en el piso frente a la puerta de su amada tañendo e improvisando hasta por una hora antes de que el duro corazón se ablandara lo suficiente como para admitirlo. Las mujeres

¹⁶ Posiblemente se refiera al texto de Azara ya citado.

¹⁷ Este *argumentum ad verecundiam* en el que cae Christison no condice con lo que nos informa Lauro Ayestarán: «Los charrúas practicaban danzas y cantos de combate y disponían de instrumentos musicales tales como bocinas, tambores de tronco y un “arco musical” mono-heterocorde cuyo resonador era la cavidad bucal del ejecutante», 1967, p. 7.

no cantan en público, pero se las puede escuchar canturreando para ellas mismas puertas adentro.

La danza de los Gauchos consiste principalmente en un vals o polca muy lento con una melodía de dos o tres compases, repetidos *ad infinitum* en la guitarra. Las danzas antiguas de una clase más majestuosa estuvieron en boga hasta hace poco, pero ahora se consideran pasadas de moda y rápidamente están quedando fuera de uso. Por fortuna logré ver una de ellas en un «*balle*» en la Estancia del Cerro, cuya descripción no estaría fuera de lugar dado que permitiría, al mismo tiempo, vislumbrar los modales y el carácter del Gaucho.¹⁸ Al entrar al largo galpón débilmente iluminado nuestro grupo fue recibido por un sargento de la policía, quien amablemente nos condujo por medio de una doble hilera de mujeres recatadamente sentadas sobre bolsas de lana hacia el centro de la habitación. Aquí se levantó un *dandy* esbelto y de bella cabellera, y con los mejores modales insistió en que tomara asiento. Él era el hombre más distinguido del salón al no tener rival en el uso del cuchillo. Había sido el homicida más exitoso en el campo, a lo largo del cual era universalmente conocido como «*El Pescado*» o «*El Pescado dorado*», por su gran agilidad y velocidad. En ese momento, un hombre moreno,¹⁹ de buenas facciones y sonriente, con una fuerte pizca de sangre indígena y un estilo de marinero alegre, me ofreció refresco bajo la forma de un trago de caña del pico de la botella. Consideré prudente tomar algunos, para evitar así el riesgo de ofender al ilustre Diego Maragatta, apodado «*El Gaucho del Carpentería*», el Gaucho *par excellence* del distrito.²⁰ Volviéndome hacia un hombre parado cerca de mí pregunté quién sería la joven bonita de enfrente, y él frunciendo el ceño me respondió furioso: «Esa es mi hija; ¡si la llevo a encontrar en el campamento le corto la garganta!». Al parecer, en contra de sus deseos, ella había tenido un encuentro íntimo con un joven feo y con bastante sangre indígena llegado de una parte

¹⁸ Se entiende que Christison escribió mal «baile» y puso «balle».

¹⁹ En el original: «Presently a dark, well featured, smiling man» (1882, p. 42). Tradujimos «dark» por moreno, si bien podría ser oscuro, negro o, tal vez, mestizo.

²⁰ En el original: «I thought it prudent to go through the motion of taking some, to avoid the risk of offending the illustrious murderer Diego Maragatta, surnamed “El Gaucho del Carpentería,” the Gaucho *par excellence* of the district» (1882, p. 42).

alejada del país tras cometer un asesinato.^{***} Comencé a sentirme en compañía extraña, pero todo fluía con tanta tranquilidad y decoro que parecía imposible experimentar cualquier desacomodo. El «*bastonero*» o ujier de la vara blanca formó las parejas que bailarían la danza nacional, cuyo nombre suena algo así como «*Pericón*». A este hombre autorizado se le encomienda la selección de los danzantes, e incluso de las parejas. Se mostraba muy descortés cuando conducía a las mujeres a los hombres, un vestigio, tal vez, de la falta de cortesía hacia el bello sexo por parte de los moriscos o los indígenas. Esto también puede rastrearse en la tendencia de las mujeres a apiñarse separadas de los hombres, y en la relativa gravedad y reserva en sus modales, mientras que los hombres bromean y se ríen en su presencia. Pero en ese momento no había frivolidad alguna; de hecho, el «*balle*» parecía ser un asunto serio. Los hombres recibían a sus parejas en silencio y los lugares se tomaban como si fuera una cuadrilla. El músico negro, quien ya había improvisado algunas líneas en honor de los visitantes ingleses, cantó con tono nasal algunos versos en alabanza de la soltería y luego comenzó la danza. Consistía principalmente de un vals deslizado lento y suavemente, con frecuentes pausas cortas simultáneas, y cada tanto las parejas se paraban el uno enfrente del otro, los hombres mantenían el ritmo mientras chasqueaban los dedos, y la pareja realizaba una figura, luego de la cual se reanudaba el vals con un cambio de parejas. Las figuras también se cambiaban con palabras de mando, y ocasionalmente uno de los bailarines irrumpía con un verso improvisado de una canción. Toda la danza se realizaba con gracia y naturalidad, deslizándose más que bailando alrededor, mientras que los tiempos lentos daban lugar a esos movimientos del cuerpo y las extremidades que conforman el principal encanto de la danza, que ahora solo puede verse entre nosotros como exagerado o caricaturizado en el escenario. Una frecuente repetición simultánea de zapateos con los pies se escuchaba por encima del débil tañido de la guitarra y marcaba ciertos pasajes de la danza, aunque nunca en exceso. Producía cierto efecto parecido a la guerra, intensificado por la indumentaria medieval de los hombres. Con todo, la mente se impresionaba por cierta gracia, misterio y dignidad, que sería en vano buscar en los rápidos giros y los duros movimientos angulares que suceden por

^{***} Luego este muchacho mató a su suegro en un combate cuerpo a cuerpo con cuchillo. [Nota del autor].

bailar en los salones de baile de moda. Era fácil darse cuenta de que solo los hombres y mujeres más viejos eran perfectos en estos movimientos tan interesantes, y que tales hermosos bailes nacionales están desapareciendo al primer contacto con la civilización.²¹

Los juegos de los Gauchos son de azar por naturaleza.²² Uno de los favoritos consiste en tirar la «*Taba*», uno de los pequeños huesos de los caballos. El jugador gana o pierde dependiendo del lado que quede para arriba. Dos hombres, parados algunas yardas²³ aparte, la tiran alternativamente, mientras que los espectadores apuestan por la partida. Por horas diarias y por semanas los Gauchos juegan a este simple juego. Tienen incluso varios juegos de cartas, y he visto un par de hombres agacharse en el suelo desde el amanecer hasta el ocaso jugando al «*monte*», vigilándose mutuamente de cerca con los cuchillos en la mano prontos por si alguno hacía trampa. Juegan por días y noches sin siquiera moverse de su lugar, y con tanto entusiasmo que he visto a un hombre perder rápidamente en una partida la paga de seis semanas de trabajo duro esquilando ovejas. Perdió su talero, la silla de montar, brida, poncho, sombrero, botas, chiripá y caballo, finalmente cabalgando en camisa en un corcel prestado, junto a otro jugador arruinado por una situación similar que iba detrás de él. Pero todo esto implica poco sufrimiento en un país donde se desconoce la miseria absoluta y la hospitalidad es universal. Con un poco de ayuda de algunos amigos y algunas semanas de trabajo, el jugador pronto vuelve a estar alegremente vestido y bien montado.

Pasando naturalmente a una consideración de las otras fallas prominentes de los Gauchos, merecen especial atención sus hábitos

²¹ Christison asiste al Pericón, la danza nacional. Lauro Ayestarán dice que para la primera mitad del siglo XIX «tres grandes danzas [...] se hallan vastamente extendidas en el Uruguay: ellas son la Media Caña, el Cielito y el Pericón» (1967, p. 9). Hacia 1885 el Pericón se encontraba en crisis, si bien, paradójicamente, esta crisis se da en un momento de clara «conciencia colectiva de que el Pericón es justamente la gran danza nacional del país» (1967, p. 62), a lo cual Ayestarán llama la «segunda vida» del Pericón. Christison nota —y se lamenta— del declive en las virtudes técnicas de los bailarines más nuevos y la desaparición de la danza ante los avances de la civilización. Esto contradice y relativiza, como ya hemos señalado, algunos enfoques que solo ven ansias de conquista y progreso en los viajeros británicos del siglo XIX.

²² En el original: «The games of the Gauchos are all of a gambling nature» (1882, p. 43).

²³ Una yarda equivale a 91,44 centímetros.

disolutos, ya señalados, y una completa falta de sentimiento religioso o reverencial. En buena medida esto puede explicarse por la imperfecta supervisión de sus intereses espirituales. Pocos son los sacerdotes, quienes a menudo reciben el odio amargo o el desprecio comúnmente expresado hacia ellos incluso por la mejor clase de personas. Las raras visitas que realizan tienen como resultado el bautismo de un niño y la persuasión de cierto número de padres para aceptar la sanción de la Iglesia madre para su unión, aunque la mayoría prefiere estar libre del lazo matrimonial. Como ejemplo de su irreverencia puedo mencionar que cuando una tormenta violenta se desató sobre una partida de alrededor de cincuenta hombres y mujeres ocupados en la esquila en la Estancia del Cerro, cada estruendo fue saludado con una explosión de festejos y risas burlonas. No obstante, como contrapeso a este defecto, vale decir que el Gaucho está razonablemente libre de superstición.²⁴ Tal como hemos señalado, no puede ser completamente absuelto del vicio de la embriaguez, aunque raramente es llevado más allá del estado de excitación.

Pero todas estas fallas son completamente insignificantes si las comparamos con la crueldad y el gusto por el derramamiento de sangre que en muchos Gauchos se vuelve su segunda naturaleza. Las circunstancias de su vida lo han conducido naturalmente a este comportamiento. Acostumbrados desde la infancia a ver cómo se matan animales mediante el degüello, para lo que son entrenados desde una edad muy temprana, así como en los severos si bien bastante conmovedores modos de domar y manejar caballos y ganado con el *lazo* y las *bolos*: ¿acaso podría asombrar que sean perfectamente insensibles al ver sangre y sufrimiento o, como sucede a menudo, que disfruten positivamente de ello? Hasta el caballo, su constante e indispensable compañero, no logra despertar en el Gaucho la menor manifestación de afecto o simpatía, mientras que en el mejor de los casos trata al perro con brutal indiferencia.

Ningún forastero que haya presenciado los esfuerzos desesperados de un animal separado de la tropa para ser sacrificado, y que busca escapar de los *lazos* con los que es arrastrado en un galope involuntario, y que haya escuchado su ronco gemido y sus gritos

²⁴ En el original: «To counterbalance this defect it is some set off that the Gaucho is tolerably free from superstition» (1882, p. 44). Se entiende que Christison se refiere a que, si bien el gaucho no tiene ningún tipo de sentimiento religioso, no por ello cae en la superstición.

agonizantes puede olvidar fácilmente la dolorosa impresión que esta escena le produce; sin embargo, mientras obligan al pobre animal a moverse, los Gauchos se burlan y ríen de sus sufrimientos profiriendo chistes groseros al inmovilizarlo, y sonriendo de oreja a oreja cuando le dan el golpe fatal. He visto a un niño cabalgar con una oveja en la silla detrás de él quien, tras soltarla, saltó de su silla y le cortó el cuello tan pronto como se estaba por levantar del piso, con el rostro radiante de un salvaje deleite. La indiferencia frente a la vida humana no es sino un paso más en el camino de la crueldad, y a menudo se llega a la etapa final, el «*gusto de matar*», o el amor a la matanza por sí misma. Y tal es la depravación en los sentimientos de la gente sobre este tema, que este gusto por el homicidio no disminuye la natural alegría del asesino ni tampoco dificulta su recepción con los otros Gauchos. Así, se me indicó que un muchacho robusto y pequeño, que estaba trabajando en el corral con otros más a quienes hacía reír con sus chistes, era un hombre que había cortado un montón de gargantas. He visto a otro, estando en términos bastante íntimos con los vecinos, quien durante las guerras solía pedir ejecutar a los prisioneros como un favor.

Posiblemente esta triste tendencia homicida sea incluso promovida en gran medida por las frecuentes revoluciones, que son la maldición de estas repúblicas de raíz española.²⁵ Los Gauchos sufren más que los habitantes de la ciudad de estos disturbios sin sentido. Al encontrarse lejos de las restricciones que imponen la ley y el orden, y repletos de componentes salvajes y temerarios, los Gauchos son el material necesario para formar el núcleo del ejército que arman los aventureros egoístas que pasan por políticos en Uruguay. Una vez que empieza a formarse, el ejército se vuelve más fuerte a medida que recluta y obliga a cada Gaucho que encuentre a unirse mediante amenaza de pena de muerte. Los «*partidos*» que se disputan el gobierno siguen el mismo plan, por lo que el pobre Gaucho, para salvarse de ser degollado, debe unirse a uno u otro partido sin tener ninguna idea sobre el motivo del enfrentamiento. No es más que una cuestión de azar el hecho de que se vuelva «*Blanco*» o «*Colorado*», pero una vez que se identifica con alguno queda metido

²⁵ En el original: «This unhappy homicidal tendency is perhaps even in a greater degree promoted by the frequent revolutions which are the curse of the Spanish Republics» (1882, p. 45). Entendemos que Christison utiliza el término «Spanish Republics» para referirse a las repúblicas de raíz española.

en peleas y reyertas sangrientas que provocan la muerte de muchos pobres compatriotas, incluso en tiempos de paz. De hecho, muertes no vinculadas a disputas políticas o privadas, y por el mero hecho de saquear, eran relativamente raras en 1867. No obstante, me han informado que en los últimos doce años, lamentablemente, se han vuelto comunes en ambos lados del *Río de la Plata*. Incluso acerca de batirse a duelo los Gauchos parecen haberse vuelto gradualmente más salvajes. Al respecto, hace alrededor de cincuenta años, d'Orbigny afirmaba que los Gauchos se habían vuelto más feroces de lo que eran bajo el dominio de España.²⁶ No obstante, señala que sus batallas raramente eran fatales, siendo el gran objetivo del duelo dejar una marca en el rostro; ahora se apunta a la garganta y al abdomen, y las heridas infligidas son generalmente mortales. Los cuchillos que se usan siempre están al alcance de la mano, puestos en el cinturón en su espalda. Los hay de dos tipos: uno del tamaño y la forma de un pequeño cuchillo de trinchar; el otro, llamado «*facon*», es de hecho una espada corta de empuñadura cruzada, del largo del arma letal de los romanos. Los duelos no son programados, sino que surgen en el momento por una pelea repentina o para vengar viejos resentimientos: ninguno de los allí presentes interfiere, y no hay ningún esfuerzo por asegurar una pelea justa. Cada cual debe hacer lo mejor que puede con el arma que tenga en el momento.

No hay estadística alguna sobre la mortalidad por homicidio en Uruguay, pero nos podemos hacer una idea a partir de los siguientes hechos. En los diez meses que estuve en San Jorge ocurrieron nueve homicidios en el poblado en un grupo humano que sin dudas no excede las mil almas; y dudo de que fuera una zona excepcionalmente peligrosa, dado que visitantes de otras zonas me aseguraron que no estaban en una condición mejor. Nuevamente, de dieciséis hombres jóvenes que conocí en aquel momento no menos de seis murieron acuchillados, y se cree que un séptimo tuvo el mismo destino. Por último, un amigo que residía hacía ya tiempo en el lugar me informó que según él casi la mitad de los Gauchos jóvenes que había conocido habían muerto violentamente.

²⁶ Christison se refiere a los tomos que, entre 1834 y 1847, Alcides d'Orbigny publicó bajo el título *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en la Librairie de la Société géologique de France.

Las autoridades no hacen casi ningún intento por revisar esta terrible pérdida de vidas. A veces se aprueban regulaciones que lo tienen en cuenta —como la que prohíbe el uso de facones— y ninguna nación excede a las repúblicas de raíz española en la elaboración de fuertes normativas. Pero ellas son como nuevos juguetes para un niño mimado. Luego de jugar con ellos por un tiempo son completamente olvidados. El sentimiento general con respecto a la pena capital es, también, un gran obstáculo para la administración de justicia. Los más de mil asesinatos y homicidios que suceden cada año provocan poca o casi ninguna reacción, pero la sola idea de una ejecución luego de un juicio formal es intolerable para la extraña e inconsecuente mentalidad española. Un asesino no se siente en ningún lugar más seguro que en la prisión. Luego de algunas semanas o meses, cuando se disolvieron los primeros sentimientos de venganza entre sus enemigos se le abre al asesino la puerta de la prisión gracias a la influencia de algún «*gefe político*», deseoso de asegurar la amistad y el apoyo de personajes tan atrevidos e inescrupulosos como él. Aquel sale caminando, probablemente en medio de la simpatía general del público. Insatisfechos, no obstante, con la inexistencia de la pena capital en la práctica, la Cámara de Diputados debió abolirla en 1867, en el medio de alegres aclamaciones y discursos humanitarios verdaderamente hermosos.²⁷ ¡Pero, ay! en una semana se desató la revolución y los exitosos *Colorados* complacientemente cortaron las gargantas de sus rivales vencidos, los *Blancos*, en las calles de Montevideo; o dispararon de a montones en el *Cabildo*, todavía suficientemente felices sin duda en el pensamiento de que habían abolido la pena capital, ¡para la admiración y envidia del mundo civilizado!²⁸ El único control real sobre los crímenes violentos en los *campos* se lleva a cabo por medio de ciertos *commandantes* de la

²⁷ El autor se confunde con la situación del otro lado del Plata o, quizá, con la serie de debates sobre la abolición de la pena de muerte que comenzaron con la vida independiente, cuando en el Senado de la República el presbítero Dámaso A. Larrañaga propuso, en 1832, que la pena capital fuera cancelada, iniciativa que no prosperó. La ley que concluyó con la pena de muerte en Uruguay es de 1907. Su texto completo puede consultarse en Panzl, Sebastián. *Fusilados y verdugos: historia de la pena de muerte en Uruguay*. Montevideo: Planeta, 2016, pp. 240-243.

²⁸ Christison se refiere a los episodios de febrero de 1868 con el doble asesinato del general Venancio Flores y de Bernardo Prudencio Berro. Murray, John Hale, en *Travels in Uruguay* alude también al episodio (1978, pp. 15-18). Véase: Real de Azúa, Carlos, 1997, pp. 143-151.

policía, quienes al saber que los prisioneros se encuentran a salvo de castigo cuando son encerrados en la cárcel, con tranquilidad les cortan las gargantas *en route*, alegando que estaban intentando escapar.

Hasta ahora hemos visto al Gaucho principalmente desde el peor punto de vista, pero sería un gran error pensar que no tienen cualidades que lo redimen. En general se puede decir que son valientes, duros, moderados, libres de maldad, hospitalarios, y fieles a los compromisos; y ciertamente tienen buen humor, viveza nativa y sabiduría, lo que los hace no malos compañeros en el campo incluso para los ingleses cultivados. Más aún, tal como afirma d'Orbigny, que los conocía bien, hasta son capaces de albergar ideas elevadas. El peor de ellos no se sumerge en las profundidades de la degradación, que es tan desesperante y angustiante en nuestras clases criminales. Es raro que no conserven algo digno de la virilidad, cierto punto de honor que nunca exceden. Sobre esto he visto varios ejemplos auténticos. Así, uno de los personajes más salvajes del país se comprometió en mantener la comunicación entre San Jorge y *Monte Video*, cuando una guerra de diez años había desorganizado completamente la sociedad. Continuó cabalgando regularmente ida y vuelta, al riesgo de su propia vida, con grandes cantidades de oro sin traicionar su compromiso y ni siquiera pidiendo por una paga más alta que en los tiempos de paz. Otro muchacho malhumorado, de aspecto repulsivo y con muy mal carácter, mostró una fidelidad de perro al Sr. Watson, en ese momento a cargo de la Estancia del Cerro, quien lo trataba muy amablemente, y le podía confiar cualquier tarea que se le pidiera. ¡Pobre Bartolo! Su destino muestra tan bien el carácter del Gaucho que pido que se me deje describirlo aquí. Uno de sus enemigos, hermano de Rosano, policía y *commandante* del lugar, sacando ventaja por haber sido promovido a teniente en el ejército determinó aprehender a Bartolo en el rancho donde vivía. Una mujer divisó a la partida que se aproximaba e instó a Bartolo a que montara a caballo y cabalgara por su vida; pero, tras decir que nunca le daría la espalda a un Rosano, Bartolo agarró el cuchillo y salió en busca de su rival. Inmediatamente Rosano le atravesó el cuerpo con una lanza, y parándose encima del hombre moribundo, se jactó: «La última vez que me viste no era nadie, ahora, como ves, soy un gran hombre», y así sucesivamente. Indignados, sus seguidores gritaron «Deja al hombre morir en paz», avergonzándolo para que se callara; pero para completar su triunfo extendió su recado en

el suelo, donde Bartolo yacía tirado, y durmió pacíficamente toda la noche a su lado.

Tuve muchas oportunidades para estudiar al Gaucho alrededor de un mes en la Estancia del Cerro, donde cincuenta de ellos, hombres y mujeres, trabajaban como esquiladores, y me sorprendí al encontrarlos alegres y de buena actitud. Una gran cantidad de chistes se escuchaban en los galpones,²⁹ y se decían una buena cantidad de bromas despiadadas, pero raramente encontré alguna señal de mal temperamento. Hacia la noche parecía a veces como si se estuvieran sublevando cuando gritaban «¡Hasta mañana!», «¡No trabaja más!» o «¡Caña, la caña, viva la caña!». Pero un pequeño trago de alcohol cambiaba el grito en un «¡Viva el *patron!*», y luego continuaban con el trabajo con el doble de energía.

Evidentemente, eran fáciles de manejar mediante un trato amable y prudente, y no se quejaban ni eran rigurosos por las minucias de sus derechos. Incluso los de peor carácter tenían su honor, y se podía ver a nuestro viejo amigo *El Pescado* y a Diego Maragatta sentados uno al lado del otro en la cena en la Estancia del Cerro en trato perfectamente civilizado, no obstante ser enemigos mortales. El año pasado, *El Pescado*, dirigiéndose repentinamente a un grupo de jugadores, saltó de su caballo, sacó su cuchillo y tras escoger a Diego le dio un fuerte golpe en la garganta, antes de poder ser separado y desarmado por alguno de los policías, que por fortuna estaban presentes. Pero en ese momento de la cena la armonía general solo se quebró dos veces. Primero, cuando dos simples muchachos se pelearon e inmediatamente corrieron hacia el corral para enfrentarse a cuchillo, seguidos por los demás, de los cuales ninguno mostró el mínimo deseo de interferir, y sin duda se hubiera derramado más sangre de no ser por las protestas del Sr. Watson. En segundo lugar, a un tonto muchacho que tenía una deuda con *El Pescado* le vino un fuerte impulso y atacó repentinamente a este gran guerrero, engañado tal vez por su apariencia y sus modales.³⁰ Porque «el Pescado» estaba lejos de parecer formidable, de hecho era bajo de estatura y delgado, con tez y cabello claros y un muy delicado bigote; su andar

²⁹ En el original: «sheds».

³⁰ Christison llama alternativamente «El Pescado» o «the Fish» al gaucho con este sobrenombre. Acorde a lo señalado en la nota inicial, decidimos poner en itálica *solo* cuando Christison lo escribe en español, y mantuvimos el entrecuillado que coloca al hacer la primera traducción del sobrenombre al inglés.

era lento y tranquilo, y su hábito de inclinar la cabeza, con su nariz aguileña y su retraído mentón, alternativamente de un lado a otro le daba cierto aire afectado y algo afeminado. Ahora bien, si se veía forzado a defenderse su actitud cambiaba por un estado de vigilancia, como listo para la pelea, y mirando el filo de su cuchillo cerca de la mejilla, le advirtió al muchacho que se mantuviera alejado. No obstante, este siguió avanzando y le produjo un corte en el muslo. El Pescado se abalanzó con sorpresiva rapidez y le dio un golpe sonoro a su débil enemigo en la mejilla con la parte plana del cuchillo que casi lo derribó, y lo hizo entrar en razón. El muchacho se sentó frunciendo el ceño y se quedó refunfuñando hasta que una mujer vieja lo persuadió para que evitara la ira del Pescado pagándole la deuda, pero este gran hombre terminó arrojando desdeñosamente las monedas hacia el campo.

Diego Maragatta se mantuvo libre de lastimaduras; sin embargo, era sin lugar a duda un hombre peor que *El Pescado*, dado que este era poco serio y, si bien era un gran peleador, no tenía mucha maldad en su interior. Pero Maragatta, a pesar de su aspecto amable, rostro sonriente y su uniforme de sargento de policía, no podía esconder que por naturaleza era un bandido. Por supuesto, los dos hombres tuvieron finales violentos. *El Pescado*, excitado por la caña, llevó a que un hombre se peleara con él por una nimiedad, y terminó muerto; Maragatta, degradado y expulsado de la policía, fue muerto por un sargento luego de un largo y desesperante combate cerca de San Jorge.

La «policía», de la cual he dicho bastante, es un cuerpo bastante fluctuante en cuanto a su composición. Es común que incluso reconocidos asesinos se vuelvan sargentos, reclutados entre las personas más salvajes del país, solo que, por supuesto, son rápidamente proscritos por alguna nueva infracción. Esta fuerza policial es generalmente utilizada como un instrumento político de opresión o para llevar a cabo planes de venganza por parte de los *commandantes*, quienes usualmente tienen un carácter impasible y poca educación. Tal como quien estaba en el comando de San Jorge, de quien se dice que tras firmar en forma dificultosa su nombre tenía el hábito de contar las letras para ver si estaban todas. En una ocasión con ayuda de su dedo fue lentamente contando «Uno, dos, tres», etc., hasta que en determinado momento exclamó: «¡Caramba! falta uno», añadien-

do un poco perturbado «*Cual sera?*».³¹ Las aventuras de los policías son muchas veces ridículas, como cuando el *Commandante* Rosano pasó varios días cabalgando por el país con una docena de hombres en busca de una pieza robada del apero de un caballo.³² Terminó por encontrarla escondida debajo de la silla de montar del sargento de su partida. Enseguida el delincuente fue estaqueado, castigo cruel que imita el modo en que se seca el cuero al sol. Las piernas y los brazos se estiran al máximo y se atan a estacas, de modo que el cuerpo no toca el suelo. No obstante, siempre puede aparecer algún «Ewan of Brigglands» para cortar el lazo de los «Rob Roys» de Uruguay, y en la mañana el sargento no fue encontrado.³³

Tanto se ha escrito sobre la montura del caballo y el gusto por cabalgar de los Gauchos, el uso del *lazo* y las *bolas*, y el modo de domar caballos y ganado, que no diré nada al respecto. Sin embargo, su relación con el perro no es tan conocida, y merece algunas referencias. Casi todos los «*puestos*» solitarios tienen algunos perros tirados cerca de la puerta, prontos para avisar si aparece algún extraño, y en las estancias más grandes pueden verse de a grupos de hasta una docena o más. Son de alguna ayuda para conducir al ganado, pero principalmente son perros guardianes y carroñeros. Su condición es un poco superior a las de los parias de las calles del Este. Recogen la comida por ellos mismos en la basura del corral o en los mataderos, y carecen del trato civilizado de ser alimentados por la mano de su amo. Si bien muestran cierta obediencia hacia sus amos nominales no muestran ningún signo de afectividad, resultado natural de la crueldad y completa indiferencia con la que son tratados. Son feroces con los extraños, e incluso peligrosos. Se puede encontrar cualquier variedad de tamaño, forma y color entre ellos, si bien la

³¹ En el original: «on one occasion having slowly with the aid of his finger reckoned “Uno, dos, tres”, &c., he exclaimed “Caramba! falta uno” (“*One is missing*”), adding with the bewildered look, “Cual sera?” (“*Which will it be?*”)» (1882, p. 49). La cursiva en las traducciones al inglés entre paréntesis corresponden a Christison.

³² En el original: «The adventures of the police are often ludicrous enough, as when Commandante Rosano spent some days riding about the country with a dozen men in search of a stolen article of horse gear» (1882, p. 49).

³³ Está hablando de la historia del héroe popular escocés Robert Roy MacGregor (1671-1734). Walter Scott retoma en parte esta historia folclórica en su novela *Rob Roy* (1817). En un episodio Ewan of Brigglands libera al prisionero Rob Roy MacGregor, a quien tenía bajo su cuidado a pedido del duque de Montrose.

mayoría son animales pesados, macizos y potentes. Las jaurías rivales que se encuentran en el campo luchan desesperadamente, y he visto a algunos volver del combate heridos con las orejas rasgadas y los cuellos sangrando, dejando a los muertos en el campo.

Ocasionalmente, los perros («*capones*») son entrenados por los Gauchos del centro de Uruguay, tal como lo describió el Sr. Darwin, para encargarse diariamente del ganado sin ninguna ayuda del hombre.³⁴

Los perros salvajes están casi extinguidos. Han sido descritos como altos, delgados y feos, con las orejas puntiagudas erguidas, y una zona hirsuta en el cuello. Su ladrido era sumamente peculiar, pero no lo emitían de continuo.

Ha sido a menudo una cuestión sorprendente el hecho de que los ingleses pudieran vivir sin peligro en medio de una raza tan turbulenta como los Gauchos; pero hay un método en su manía homicida, y el estanciero inglés, ubicado en un nivel más elevado y desligado de sus enfrentamientos políticos o privados, corre poco riesgo en tiempos normales. Además, tanto aquí como en otros lados, la capacidad innata de los británicos para manejar razas semibárbaras mediante la combinación de un trato justo, firme y cordial se manifiesta visiblemente. Su posición se vuelve insegura solo cuando las luchas revolucionarias prolongadas en el tiempo han desorganizado la sociedad completamente. Por su lado, el inglés a menudo adquiere cierta simpatía por el Gaucho que crece con el tiempo y con frecuencia lo prefiere como peón antes que a los nativos de países más civilizados, sin excluir el suyo propio. Por momentos, se encuentra realizando comparaciones entre la vida al aire libre del Gaucho, en conjunto con el toque de dignidad en sus pensamientos, costumbres y conducta, y la mísera tosquedad de las grandes masas de nuestros propios compatriotas, que probablemente lo despabilan de viejas ilusiones de orgullo nacional.

³⁴ Se refiere a los escritos de Charles Darwin en *The Voyage of the Beagle* (1839). El naturalista inglés desembarcó en Montevideo en 1832, recorriendo Maldonado, Minas y Colonia. En las anotaciones correspondientes al 22 de noviembre de 1832 observa los «perros pastores del país». Una traducción al español de sus escritos sobre los países del Río de la Plata en: Darwin, Charles. *Un Naturalista en el Plata*. Ed. José Pedro Barrán y Benjamín Nahum. Montevideo: Arca, 1968.

El tipo Gaucho no puede ser algo permanente, y en la Banda Oriental se está modificando rápidamente. La delimitación más estricta y mayor subdivisión de la propiedad, el aumento del ganado lanar, el cambio en el manejo del ganado hacia un sistema de domesticación, la rápida extensión del alambrado y la introducción de la agricultura, conspiran para limitar sus movimientos y eliminar la necesidad de sus logros particulares.

Incluso se teme que él mismo desaparezca, y que la raza que termine por poseer los *campos* tendrá pocos rastros de su sangre o de la raza indígena aborígen que él representa. Más allá de la enorme mortalidad por los homicidios, muchos fallecen a manos de viejas mujeres o de charlatanes que, ante la completa ausencia de doctores, tienen campo libre para llevar a cabo sus rudos y violentos tratamientos. Utilizan principalmente purgantes y eméticos poderosos derivados de hierbas nativas, que se administran con resultados que hubieran sido la envidia del *Sangrado*.³⁵ Entre otros remedios rudos, uno de los favoritos para la fiebre reumática consiste en llevar al paciente a un arroyo vecino, incluso en una mañana invernal, y sumergirlo por un cuarto de hora en agua helada. Conozco a un buen joven que murió en la orilla luego del tratamiento, antes de que pudiera ser trasladado a su hogar. Pero nada hace tambalear la fe de estas personas, y con una provocadora perversión de la lógica, generalmente rechazaban mis consejos con el argumento de que yo podía, sin duda, conocer las enfermedades y remedios de mi propio país, pero no podía bajo ninguna circunstancia conocer los suyos. Sin embargo, recientemente han apreciado ampliamente los servicios de los doctores ingleses que se han establecido entre ellos.

Esta gran cantidad de muertes, que surge por tantas causas, sin duda sería controlada si hubiera un gobierno mejor, y el avance civilizatorio seguramente contribuirá a la atenuación de la ferocidad del Gaucho uruguayo. No obstante, se requerirá tiempo antes de que el salvaje jinete de los *campos* pueda adoptar hábitos más estables. Y aun parece dudoso que este tiempo se lo permita.³⁶ Otras razas

³⁵ En español en el original. Al parecer, Christison se refiere a *Bloodletting*, una curación en la que se utilizaban sanguijuelas o ventosas que chupaban la sangre buscando curar enfermedades o calmar dolores.

³⁶ En el original: «But even under much more favourable circumstances time would be required ere the wild horseman of the campos could be broken in to settled habits. And it is doubtful if this time will be allowed him» (1882,

más laboriosas ya lo están haciendo a un lado, e incluso la mejor clase de estancieros locales cede ante esta presión. En particular, los brasileños que avanzan del norte amenazan con llevar a cabo una conquista pacífica de todo el país mediante la adquisición de tierras. Se cree que por un tiempo estuvieron en posesión de la mitad del territorio al norte del *Río Negro*, y que recientemente han comenzado a adquirir extensos dominios al sur de ese río. Al traer consigo sus negros y otros dependientes, no tienen ninguna necesidad del Gaucho, quien por lo tanto tiende a desaparecer completamente de escena: un resultado que, si se vuelve general, va a ser lamentado por no pocos ingleses. Debido a una larga intimidad con el Gaucho han aprendido que mucha de su maldad se debe a la negligencia y los crímenes de su gobierno, y se han asombrado de que conserve tanta bondad, considerando las desfavorables condiciones sociales y morales bajo las que vive.

(Versión en español y notas de Rodrigo Luaces Damasco)

p. 51). Entendemos que Christison se está refiriendo a que con los avances de la civilización no se les dará suficiente tiempo a los gauchos para que se asienten y adquieran hábitos más civilizados.